

Daniel Cosío Villegas Destellos de Buen Pedernal

POR SAMUEL MAYNEZ PUENTE

EL trato frecuente con la muerte nos hace acostumbrarnos a ella, a esperarla como mano piadosa que extingue todas las angustias, toda la inconcebible capacidad de sufrimiento que posee el ser humano. Otras veces, el trance impone estupor, estruja el alma, con dolor rebelde se rechaza la noticia. Es el fin ineluctable de hombres superiores, de luchadores insignes que dedicaron la vida a orientar a sus semejantes, a transmitirles mensajes de fecunda inconformidad; espíritus intensos que todavía, unos minutos antes de irse, forjaban discípulos, sembraban entre sus compatriotas inquietud de una vida mejor, imagen de esa patria que se agita en los sueños.

Don Daniel Cosío Villegas vivió con la pasión infatigable de realizar esa tarea. Utilizaba como herramienta su reconcentrado sentido de justicia, su recia integridad moral, su acendrado amor a la entraña mexicana.

A breves días de su ausencia, se percibe con claridad el desamparo que nos deja el maestro excepcional que levantó tan alta escuela, el crítico sagaz, desde los días de la juventud, incan-

sable para decir la verdad sobre nuestra vida política, social y económica, el investigador de rigurosísimo método que rastreó incansablemente el pasado de México —con brillante empeño desde 1867 en que se restaura la República, hasta 1910 cuando comienza a desmoronarse el porfiriato.

En toda su obra monumental resalta el denodado afán para ayudarnos a entender la época actual y abrir senderos en esta nación lenta para conocerse, morosa para examinar sus propias raíces y definirse ante la vida que quiere vivir. Desde 1968, época en que un gobierno de la República ha sido más extraño y distante del pueblo, Cosío Villegas instauró una lúcida y valerosa etapa en la libertad de expresar pública y responsablemente juicios sobre el ejercicio del poder. Fue como poderoso baluarte donde todos nos resguardamos.

★

LA noticia fue conmovedora y triste: con serenidad se había recostado a esperar la llegada de la muerte. Sentimos el

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Daniel Cosío Villegas

Segue de la página seis

impulso de ir a releer páginas de su inigualable prosa política. Honda insatisfacción y amarga protesta que su inteligencia transformaba en tinta de buen humor, en gracia e ingenio. Atractivos mayores de ese estilo incisivo y punzante, irreverente y zumbón con que emprendía, con lógica aplastante, la disección de nuestra realidad.

De su caudalosa obra "El Sistema Político Mexicano" nos impresionó profundamente. En ese pequeño libro fundamental, don Daniel hizo relevante su análisis sutil sobre el estilo político que gobierna a México y sobre sus protagonistas distantes y actuales y destacó su altísima calidad de politólogo. En esas páginas escritas en perenne juventud, está firmemente trazado un retrato intelectual de don Daniel. Si en los mexicanos estuviera más arraigada la virtud de cultivar la lectura y la edición de este libro hubiera sido de millones de ejemplares, la consecuencia inmediata habría sido transformar muchos aspectos punzantes de la vida contemporánea y del futuro de nuestro país.

Tres singulares temas preocuparon a don Daniel al escribir ese libro: el tapadismo, el excesivo poder reconcentrado en el Presidente de la República y la supervivencia del partido oficial como organismo rector de la vida pública. Magníficas son las páginas dedicadas a nuestra peculiar institución del tapadismo —"selección oculta e invisible de los candidatos del PRI"— que se consuma en tal oscuridad "que el mexicano ha renunciado a entender cómo ocurre, y se conforma con rogar a Dios que

sea tolerablemente acertada".

★

ES un hecho histórico notable, explica don Daniel, y hasta ahora mal esclarecido, que de la Constitución de 1917 surgió un régimen de gobierno en que el Poder Ejecutivo disfruta de facultades muy superiores a las de los otros dos poderes, sobre todo, el legislativo. El historiador precisa: "Los constituyentes del 56 hicieron de éste el poder principal por dos motivos: primero, porque los obsedía el recuerdo de los cincuenta años anteriores en que repetidamente el jefe del ejecutivo se transformaba en dictador; y segundo, porque considerando inconclusa la obra de la Reforma, quisieron confiar su prosecución a una cámara única de diputados con cierto aire de asamblea nacional revolucionaria a la francesa...". "Un partido sano, vigoroso, auténticamente popular y democrático, constituiría una verdadera fuerza política que de modo inevitable, limitaría en mayor o menor grado el poderío actual del presidente".

El partido nació para responder a la exigencia inaplazable de confiar el desenlace de la lucha por el poder, no ya por asonadas o cuartelazos "sino al medio civilizado de un juego puramente político". La creación del partido fue obra

maestra del general Calles, quien obtuvo apreciables fines "institucionales": puso fin a la guerra civil que duraba casi veinte años, de 1910 a 1929; evitó el inminente desmembramiento de la "familia revolucionaria"; y en cuanto a asuntos personales: ejerció el liderato revolucionario que la muerte de Obregón dejó vacante.

Es innegable que el partido satisfizo funciones de primer orden en los años de desbordadas ambiciones de generales desocupados, pero no pudo quedar a salvo de las leyes de la vida, y su organismo, robusto entre 1929 y 1939, empezó a envejecer hacia 1940, a pesar de todas las terapéuticas empleadas. El primero de los factores de declinación que lo han afectado, a juicio de don Daniel, es "la falta de un programa claro, breve y convincente". Sus llamadas "declaraciones de principios" que a nadie seducen por una parte, y que por la otra, no corresponden ni al sentir popular, ni a las realidades sociales y económicas del tiempo.

En época reciente, plumas mercenarias en mendaces panfletos, lanzaron sobre él oleadas de cieno. Ante el impacto de la insidia, la calumnia, la mezquindad envenenada, causó asombro comprobar que don Daniel, erguido, prefirió responder "como buen pedernal, que no suelta astillas sino destellos".